

Sin embargo de la popularidad de Guillermo de Orange entre sus compatriotas, siempre estuvo en desacuerdo con la ciudad de Amsterdam. La población, emporio del comercio, estaba orgullosa de sus privilegios municipales, y recelaba de todo aquello que pudiera menoscabar su autonomía. A pesar de su celo, Amsterdam, como las demás ciudades holandesas, hubo de someter á la aprobación del estatúder las autoridades civiles que elegía. Como en ausencia de Guillermo, que ya ocupaba el trono de Inglaterra, presentasen sus candidatos al Tribunal Mayor de Holanda y fueran rechazados después de acaloradas disputas, los de la ciudad hubieron de ceder, no sin gran disgusto.

A este agravio se siguió una cuestión harto grave. Bentinck, consejero favorito del rey, nombrado ahora par de Inglaterra y enriquecido con general disgusto del país, conservaba su calidad de noble holandés en los Estados. Habiendo alegado el municipio de Amsterdam que el nuevo lord era súbdito de un soberano extranjero y nacionalizado fuera de Holanda, por cuya razón no debía figurar en los Estados, consiguió

excitar con sus pretensiones la ira de Guillermo y aun hacerse impopular en todo el país, viéndose de nuevo en la necesidad de ceder. Se han recordado estos hechos para que el lector pueda comprender más fácilmente la gran influencia que Guillermo ejercía entre sus compatriotas, cuando de tal modo imponía su voluntad á un municipio y á un pueblo tan poderosos como el de Amsterdam. No estará de más añadir que habiéndose opuesto la ciudad de Goes á sus mandatos, la bloqueó y sometió á su obediencia. Su autoridad y fuerza fueron siempre más grandes y eficaces en Holanda que en Inglaterra, y no podía ser de otra manera, si se considera que aquella nación estaba en continuo peligro por las asechanzas extranjeras.

La insolencia y el orgullo de Luis XIV soliviantaron á toda Europa. Las violencias y vejaciones de sus ejércitos en el Palatinado evocaban en la imaginación de las gentes los tristísimos recuerdos de la guerra de los Treinta Años. El rey de Francia excitaba á los turcos para que atacasen el imperio de Alemania, y él, por su parte, amenazaba á Saboya y molestaba al desgraciado Carlos II de España. Ocupó la ciudad pontificia de Avignon, y la incorporó á su reino. Tenía inquietos, ofendidos y despojados á sus vecinos, y los ánimos de todos se hallaban dispuestos á formar un convenio que constituyese una liga de reparaciones y venganzas. De este modo tuvo lugar la Gran Alianza.

Sin embargo, Inglaterra y Holanda fueron las dos naciones que, con algún éxito, se opusieron á los planes de Luis XIV; pues España, política y militarmente, no era ya ni sombra de lo que había sido. La extensión de su imperio, antes servía de rémora que

de estímulo, y más bien impedía que facilitaba sus movimientos. Después de siglo y medio de gobiernos detestables, España había arruinado á sus provincias de Ultramar. La desmoralización de la metrópoli había empobrecido á los opulentos emporios de México y el Perú. Los hombres de Estado de la península sólo atendían á la satisfacción de sus apetitos, al logro de sus ambiciones y á la saciedad de su codicia. Las masas populares solamente pensaban en la ociosidad, vicio pernicioso y destructor de la vida de las naciones. La industria era mirada por todos con desdén y como ocupación vergonzosa. La moralidad pública no existía en parte alguna. La disciplina del ejército sólo estaba en la memoria de las gentes antiguas. En suma, de aquel conjunto de buenas cualidades y defectos, de virtudes y vicios que constituyeron el carácter español, sólo quedaba el orgullo; pero un orgullo degenerado ó que le faltaba la energía.

Leopoldo de Alemania, que vivió desde 1658 hasta 1705, era un avaro, egoísta y mogigato. Tuvo que defenderse al Este de los turcos y al Oeste de los Franceses. Cuando la prudencia le aconsejaba unir con vínculos de interés común las provincias mal avenidas de su imperio para oponer verdadera resistencia al peligro general, prefirió perseguir á sus súbditos protestantes. Demás de esto, la guerra de los Treinta Años había arruinado á Alemania. Cuanto más necesitaba de paz y de unión, con objeto de rehacerse de sus quebrantos, se dividía y hacía pedazos interiormente. Triste era el porvenir de Europa en el año 1689. En la lucha que se preparaba, únicamente podía confiarse en Holanda y en el reino de Inglaterra, dueño ya y árbitro de sus destinos.

Más dificultades se le presentaron á Guillermo en

Inglaterra, donde fué aceptado y no acogido con entusiasmo, que en su propio país. Al comienzo de su reinado todo iba bien. La rebelión contra Jacobo había sido universal en la Gran Bretaña, y la familia real desterrada, nunca pudo hacer nada de provecho; pero en Irlanda tuvo que luchar por la corona ¹. La conquista de Irlanda absorbió todas las energías del gobierno inglés durante los primeros años de la revolución; y por esta razón, Guillermo se encontró sin fuerzas para oponerse á los proyectos de Luis XIV, quien estuvo á punto de realizarlos. En Flandes, Luxemburgo ganó las batallas de Fleurus, Steinkirk y Neerwinden; en la Italia occidental, Catinat consiguió triunfos señalados en Staffard ²; y el almirante Tourville causó gravísimos daños á la flota anglo-holandesa en Beachy Head. Las fortalezas inexpugnables de Mons y Namur estaban en su poder, y todo parecía indicar que el rey de Francia iba á conseguir el objeto inmediato de su ambición con la conquista de los Países Bajos españoles. La reputación militar de Francia era debida á Luxemburgo; pero murió el insigne guerrero en 1694, cuando sus servicios hacían más falta á la patria.

Guillermo no fué afortunado como general en jefe, pues al medir sus fuerzas con los ilustres caudillos de su tiempo, los mejores que hasta entonces hubo en Europa, quedó derrotado en todas las batallas. No

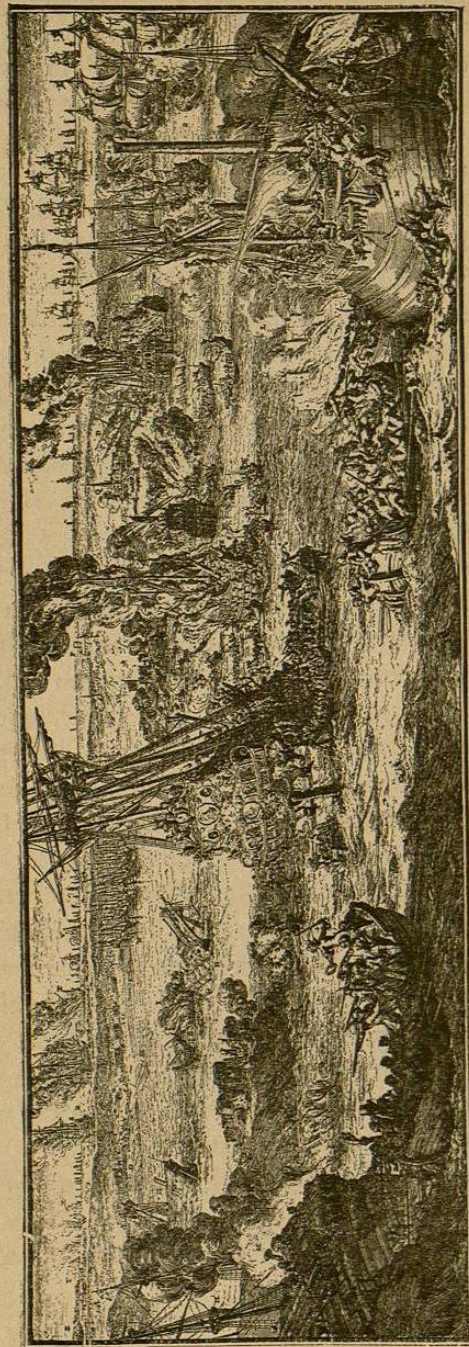
¹ «Al lado de los códigos de la Inquisición, escribe un moderno historiador, pueden ocupar un buen lugar las leyes que la libre Inglaterra dictó contra la Irlanda católica hasta el 1773». C. Cantú, o. c., t. V, pág. 865. Apéndice D.

² Luxemburgo fué llamado *el tapicero de Nuestra Señora*, por las muchas banderas conquistadas que ofreció á aquella iglesia; y á Catinat, hombre grave, severo y filósofo, le apellidaban los soldados *El Padre Pensamiento*.

obstante, él reparaba los quebrantos antes que otros generales. De aquí que las victorias del rey de Francia en los Países Bajos fueron relativamente infructuosas, mostrándose que la obstinada resistencia de los Holandeses y Británicos sólo acabaría tras larga y ruinoso lucha. «Juegan la última moneda», solía decir Luis XIV con ligereza. No tardaría en convencerse que los recursos de Inglaterra y de Holanda eran superiores á los suyos, y terminada la guerra, se hallarían aquéllos en mejor estado que los de Francia.

Luis XIV sufrió el primer contratiempo en la batalla de *La Hogue*, dada el 29 de Mayo de 1692. Engañado Jacobo por sus parciales, y más todavía, por sus propias esperanzas, achaque frecuente y común de los reyes destronados, habiase persuadido de que la invasión de Inglaterra sería, no sólo fácil de realizar, sino de resultado seguro. Aparte de sus propios deseos, así lo aseguraban los jacobitas y los descontentos whigs. Era de opinión que la marina británica deseaba su restauración, y se negaría á combatir contra los Franceses; de lo cual llegó á convencerse por su correspondencia con el almirante inglés Russel. Pero Louvois, cuyos consejos atendía Luis XIV, porque aquél había hecho más por el engrandecimiento y gloria de Francia que ninguno de sus súbditos, cuidó siempre de apartarlo de semejante empresa. Muerto Louvois el 6 de Julio de 1691, al poco tiempo de tener una acalorada conferencia con Luis XIV, éste dió al hijo la cartera que su padre había desempeñado con tanto acierto. Semejante rasgo de magnanimidad tuvo deplorables consecuencias.

Luis determinó la invasión de Inglaterra con un ejército de tropas franco-irlandesas, procedentes estas últimas de la guarnición de Limerick, que se pa-



COMBATE NAVAL CERCA DE LA HOGUE, EL 29 DE MAYO DE 1692
DESTRUCCIÓN DE LA FLOTA FRANCESA POR LAS ESCUADRAS INGLESA Y HOLANDESA AL MANDO DE LOS ALMIRANTES RUSSEL Y ALMONDE
(Según un grabado de R. de Hoooge.)

só al servicio del rey de Francia, una vez rendida la plaza. Era imprudente intentar una invasión en Inglaterra con fuerzas de Irlanda. Sabido es que la causa determinante de la caída de Jacobo II, fué la concentración de un ejército de irlandeses cerca de Londres. La vuelta de éstos, más aborrecidos todavía que los peores enemigos de la patria, iba á confundir en un pensamiento común á todos, lo mismo á los contrarios que á los parciales de la restauración jacobista. Por causas análogas y á pesar de sus mutuas discordias, para evitar mayores peligros, Ingleses y Holandeses olvidaron en otro tiempo sus diferencias y suscribieron una tregua; mas en el caso presente, como si lo hecho ya no bastase á exasperar los ánimos en Inglaterra, Jacobo cometió la insensatez de publicar un manifiesto condenando la conducta del pueblo que se proponía hacer suyo. El gobierno de Guillermo reprodujo el documento con comentarios oportunos y discretos, y lo hizo repartir por todas partes.

Así las cosas, aparejó la escuadra, compuesta de 79 buques de línea, algunos de los cuales eran los mejores que habían salido de los arsenales de Brest y de Tolón. Tourville mandaba las fuerzas y se preparó á ejecutar el pensamiento de Luis antes de que las flotas de Inglaterra y de Holanda saliesen al mar. Para mayor seguridad del éxito, Jacobo despachó emisarios á los almirantes ingleses. Algunos de éstos entretuvieron á los agentes con buenas palabras é informaron á su gobierno de los planes de los Franceses. El tiempo es siempre inseguro y variable en el Canal de la Mancha, y por esto la expedición de Francia hubo de retrasar su salida.

Cuando la flota francesa se dió á la vela, ya esta-

ban reunidas las armadas de Inglaterra y Holanda, superiores en número. Á causa de la dirección del viento, no pudo en un principio entrar de lleno en el combate la escuadra aliada. Después de cinco horas de fuego, unidos Ingleses y Holandeses atacaron con arrojo á Tourville y alcanzaron una señaladísima victoria. Replegarónse maltrechos los Franceses á Cherbourg y La Hogue, y repuestos algún tanto, salieron á la mar en busca de los aliados. El 24 de Mayo, al cabo de cinco días de lucha terrible, los Franceses fueron completamente destruidos. La supremacía naval de Francia concluyó en este combate. Apenas recuerdan las historias de Holanda y de Inglaterra una victoria naval que llene de orgullo y de entusiasmo á ambos pueblos como la de La Hogue ¹. El comercio de la República quedó relativamente asegurado, y las últimas monedas, como decía Luis, habían ido á refugiarse á los barcos de Amsterdam y de Londres.

La Gran Alianza necesitaba del triunfo para no disolverse. Las potencias septentrionales como Dinamarca y Suecia, cuya cooperación no fué nunca sincera, de indiferentes, iban tornándose hostiles. Algunos estados de Alemania se preparaban á firmar la paz con Francia, si los aliados no les pagaban lo pactado. Luis XIV se disponía á darles oro para que desertasen, debiendo Inglaterra y Holanda pujar la oferta del francés. El mismo emperador de Alemania declaraba, sin ambages, que los Ingleses y Holandeses estaban obligados á defender sus fronteras,

¹ Luis XIV ordenó á Tourville que atacase al enemigo, *fuerte ó débil, sucediera lo que sucediese*. El rey francés no sólo sufrió la amargura de la derrota, sino el recordimiento de haber mandado que se diese la batalla.

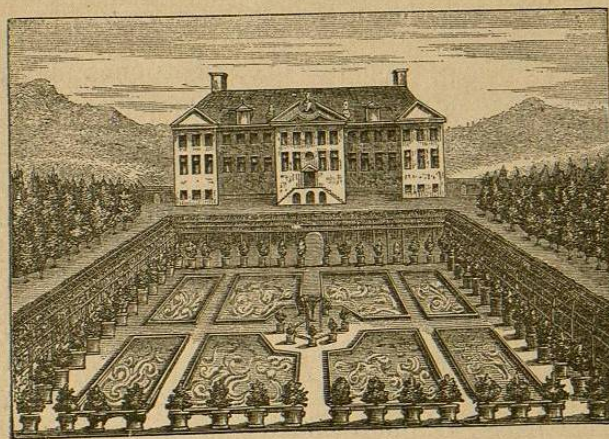
como también á darle dinero para combatir á los turcos. «No puedo, decía Guillermo, escribiendo á su amigo Heinsio, dar un consejo, sin que al punto me pida dinero el aconsejado». Con todo, Guillermo logró mantener la unión, dando á los regios mendicantes, si no lo que pedían, más de lo que podían esperar. Pero si conservó la alianza, le fué difícil llevarlos á la lucha.

El gobierno español, seriamente alarmado, ofreció al de Orange la regencia de los Países Bajos. Guillermo no quiso aceptarla. La diferencia de religión entre él y aquellos estados, habria hecho muy penoso el cargo. Los dominios españoles, antes tan afectos al protestantismo, merced á la Inquisición, se habian hecho católicos y más intransigentes que la misma metrópoli. Era imposible, pues, á fines del siglo xvii, restablecer en su fuerza y vigor la llamada pacificación de Gante. Guillermo recomendó á España que diese la regencia al elector de Baviera, enemigo declarado de los Franceses. No transcurrieron muchos años sin que el bávaro se persuadiese, que la amistad de Francia era peor que su odio. Á las declaraciones y desacuerdos de los aliados, se debió la pérdida de Namur.

Una prolongada serie de sucesos, de los cuales no hacen mención los historiadores, contribuyeron á la decadencia de Francia más que un desastre militar. La cosecha de 1692 fué corta, y durante seis ó siete años, muy escasas en toda la Europa occidental. En Inglaterra, donde los precios eran casi dobles que en el continente, sobrevinieron grandes calamidades. En Francia, cuyos agricultores soportaban la mayor parte de los impuestos, la escasez fué sinónimo de ruina. En Holanda, aunque su territorio producía poco y

solamente tenía en Amsterdam almacenes provistos para un bienio, no hubo los daños que en otras partes. El periodo que transcurrió desde 1692 hasta el 1698, fué llamado por la voz pública el *Septenio del hambre*.

Los años de 1693 y 1694 se señalaron por brillantes victorias, horribles crueldades y grandes sinsabores, sin producir ventajas proporcionadas, ni á la



EL CASTILLO DE RYSWICK EN EL SIGLO XVII

gloria conquistada, ni á los sacrificios soportados. Entonces comenzó Luis XIV á darse cuenta de que concluían sus recursos, mientras Inglaterra, mediante la creación de su poderoso Banco, los acrecentaba de una manera extraordinaria. En 1695, Guillermo emprendió y llevó á cabo la reconquista de Namur, cuya empresa contrarió en grado sumo á Luis XIV. Por esto acaso tomó parte en una conjura con el objeto de dar muerte á Guillermo, siendo verosímil que Berwich fué á Inglaterra, si no para dirigir la trama, por lo menos á alentar á los conspiradores. Pero fra-

casó el complot, siendo descubiertos y ejecutados los culpables, aconteciendo lo propio con otros proyectos análogos que se sucedieron.

Unos y otros estaban cansados de la guerra. Luis XIV se mostró favorable á reconocer á Guillermo como rey de Inglaterra, y éste quería negociar, comprendiendo que los Países Bajos, la muralla de Holanda, se hallaban asegurados. Las demás potencias que formaron parte de la Gran Alianza, sin embargo de perder poco en la guerra y de recibir grandes subsidios, formularon las pretensiones más absurdas. España y Austria exigían lo que Luis no se disponía á otorgar; pero aquellas naciones no contaban con fuerzas para obligar á la Francia. Camino llevaban los tratos diplomáticos á prolongarse de una manera indefinida, cuando Guillermo, auxiliado de Bentinck, entabló negociaciones separadas con los Franceses y quedó suscrita la paz de Ryswick. Las dilaciones y el egoísmo de España y de Austria estuvieron á punto de ocasionar un fracaso, y proporcionaron á Luis XIV oportunidad y tiempo para insistir en que Strasburgo no saliese de su poder. Por último, el 10 de Septiembre se firmó el tratado definitivo, y acabó la primera parte de aquella sangrienta y tenaz guerra ¹.

¹ Las condiciones fueron moderadas. Inglaterra y Francia se devolvieron reciprocamente las plazas conquistadas; Luis XIV reconoció á Guillermo III como rey de Inglaterra; España recobró las ciudades que había perdido en Cataluña y los Países Bajos, y Austria se quedó sin Strasburgo, Kell, Philipsburgo y Brisack

XXXIII

DESDE LA PAZ DE RYSWICK HASTA EL TRATADO
DE UTRECHT

Cuando Luis XIV terminó sus guerras, comenzó la decadencia de su reinado. Nadie lo creía de este modo; mas los hechos lo demuestran evidentemente. Infundían terror universal el advenimiento de Felipe de Anjou al trono de España, la unión aparente de la Europa occidental, y la sumisión de la América, todo esto bajo el poderío de un mismo soberano y de una misma política. No podía preverse entonces que las ambiciones del rey de Francia, el éxito que tuvo al someter en su país á los nobles y al pueblo, y la fortuna con que satisfizo sus aspiraciones en el extranjero, habían de producir, andando el tiempo y siguiendo el curso natural de las cosas humanas, la formidable y terrible catástrofe que se designa en la historia con el nombre de Revolución Francesa. Si los pueblos de Europa debían temer, ninguno con más razón que Holanda. La herencia de España llevaba consigo la de aquellas provincias, que casi conquistó para la confederación Guillermo el *Taciturno*, y que los duques de Alba y de Parma aseguraron á los monarcas españoles por medio de la reconquista. Un monarca joven, viril y fuerte, que logró captarse las simpatías de todos los generales de Eu-